



Photo by Steve Johnson on Unsplash

P.

POESÍA

ALEJANDRO
SUSTI

UN RELOJ DERRAMADO EN EL DESIERTO*

LA PINTURA

La pintura ignora el movimiento
el giro de las aspas del molino
el regreso de la ola a la orilla

La pintura ignora el chasquido
el teatro resonante de las cosas
pero por debajo de sus alas
urde el gatillo

la potencia de la rueda
el estallido del galope

A pesar de su silencio
la pintura es vibración profunda
aguja de la luz que vibra

A pesar de su quietud
viento que despierta en la idea
árbol que inaugura la semilla
dedo que se alza en la bóveda del cielo

A pesar de la mirada
balsa silenciosa empujada
por la huella del asombro

* Fragmento del libro galardonado con el Premio Internacional "Rubén Darío" en el 2020.

El maestro huyó hacia el norte
llevándose el rostro de su amada
—pensó el florentino—
pero allí

tras la sonrisa
perduró el mapa inmemorial de la Toscana
el lago Trasimeno y las ciénagas que algún día
inundaron el valle del Arno:

eterno como el trazo del maestro
que hizo posible la fugaz belleza
de la esposa de Francesco

el mapa del tiempo

VENUS DE URBINO

(Tiziano Vecellio, 1538)

A la edad de veintiún años, Guidobaldo della Rovere, futuro duque de Urbino, contempló por primera vez aquella pintura de Tiziano Vecellio que su padre, Francesco María I, había adquirido hacía apenas unos días. Se trataba del retrato de una bella muchacha de nombre desconocido —pronto sabría que se trataba de una cortesana—, vestida con un hermoso vestido y que posaba según las convenciones del género: de pie, en posición de tres cuartos y en *contrapposto*, con el brazo izquierdo recogido a la altura del torso.

Impresionado, el muchacho encomendó al maestro pintar nuevamente a la cortesana, pero esta vez para su solitario placer. Tiziano aceptó el encargo y decidió hacerlo no a la manera de Giorgione —cuya célebre pintura él mismo había retocado al morir este—, sino con la muchacha yacente sobre un lecho y, tras ella, la sala de un lujoso palacio.

Semanas después, Tiziano mostró a su cliente el fruto de su trabajo. No resulta difícil imaginar el gesto de satisfacción del futuro duque una vez que contempló la pintura. Bastará con decir que, desde ese día, la mirada y el gesto de la cortesana lo persiguieron por el resto de su vida, a él y también a su joven esposa Giulia Varano, quien tuvo que soportar el gesto descarado de la muchacha hasta el día de su temprana muerte.

VISTA DE DELFT

(Johannes Vermeer, c. 1660-1663)

... un célèbre peijntre nomme Vermeer...

Van Berckhout

El hombre había pasado por el mismo lugar una y otra vez: el Oost Poort y sus torres gemelas se alzaban contra el cielo límpido de la mañana. Ese día llevó consigo la cámara de caja para explorar nuevamente la escena. Una vez instalado el artefacto, se puso a observar la luz que reverberaba sobre la superficie del canal sembrando de texturas los muros de la ciudad y los flancos de las barcas.

Ávidos, sus ojos veían el mundo como nunca antes se lo hubiera imaginado. No llevaba prisa alguna en su trabajo. No compartía, como otros pintores, la idea de hacerse conocido a costa de su talento, de trasladarse a Ámsterdam como había hecho De Hooch y empezar a hacer fortuna. En todo caso, sabía muy bien qué lo ataba a la pequeña ciudad en la que siempre había vivido. Nada de todo eso le ayudaría a fijar en el lienzo la luz que tras las nubes plomas y amarillas cruzaba la superficie impoluta del cielo. Nada de todo eso, ahora que contemplaba los tejados de las casas, las torres de Nieuwe Kerk y Oude Kerk, y, a ras del agua, la barcaza y la textura de los muros reflejados en el agua.

De regreso a casa, caminando por Oost Einde, sintió por un momento que la ciudad estaba viva como una criatura o aquellos organismos que decían que veían en sus telescopios los filósofos naturales. Pero, en su caso, no haría evidente lo ya visto, sino aquello que los ojos eran incapaces de ver: lo invisible en lo visible, la paradoja eterna del mirar, el aleteo de la luz en la memoria.

Metros más allá, a unos metros de la plaza, torció hacia la casa de Oude Langendijck. Subió los peldaños de la entrada, a la vez que lo alcanzaba el olor del pescado asándose en la cocina. Llegó a la habitación del tercer piso y depositó el artefacto sobre la mesa. Entonces se sintió casi feliz al ver que la luz del mediodía se abría paso a través de los postigos. Abrió de par en par la ventana y se puso a contemplar la ciudad, una vez más, meciéndose entre los brazos del tiempo.

APOLLINAIRE Y SUS AMIGOS

(Marie Laurencin, 1908)

*Sans avoir aucun des défauts virils,
elle est douée du plus grand nombre possible
de qualités féminines.*

G. Apollinaire

Yo de pie
a su derecha
Picasso abajo
de perfil dirigiendo la mirada
hacia Fernande

Por esos años los críticos hablaban de mí
como su musa y él a su vez
se asombraba de mis pinturas
y sus *qualités féminines*

El tiempo fue devorando el resto:
el regreso a París
el encuentro con Paul y la época de los retratos
las ilustraciones de libros
la decoración y los vestuarios
y la profesora de arte

Eso finalmente
es lo que les interesa a los biógrafos
a los maniáticos del orden y la limpieza
pero en el fondo nunca fui una mujer higiénica
dulce o memorable:
hice el amor con hombres y mujeres
y desde entonces escondieron mi nombre como quien
evita escuchar un sonido lúgubre u ocultan
una prenda íntima por debajo de un sillón

Fui la incómoda muchacha que eligió su propia vida
no la musa del poeta sino la que se hartó de su inocencia
y sus grandes palabras:

Guillaume el poeta

el cronista de arte

el amigo de Picasso

el padre del cubismo

pobre:

morirse de una gripe después de haber
sobrevivido a la guerra y de haberme conocido:

a mí

la peor de todas ellas

GIRASOLES CON IGLESIA

(Gabriele Münter, 1910)

*Niemand kann dich nichts lehren.
Du Kanst nur das tun, was du in dich hast.*

W. Kandinski

La iglesia del pueblo en Murnau

(tú la recordarás)

todos los días caminábamos hacia el pueblo
por las vías del ferrocarril y pasábamos
al lado de la torre en forma de cebolla
los árboles

los edificios rústicos

y en lo alto la cadena de los Alpes

Los dos la pintamos

pero a diferencia de la tuya

(flotante volátil rodeada de volúmenes aéreos)

la mía se adhería a la colina

a la misma altura de unos gigantescos girasoles

La gama de mis colores era más reducida

mi trazo

torpe ingenuo

inseguro

casi infantil

(aunque debo confesarte que tu paisaje

me pareció siempre el ejercicio de un músico

que se empecina en demostrar su virtuosismo

solo y en una habitación rodeada

por una ciudad fantasma)

Después de todo

a ninguno de los dos nos interesaba la iglesia

ni mucho menos el paisaje:

como todos esos pueblos de provincia

nos importaba poco si crecían girasoles
o los pájaros cantaban

Después de tu huida
(así he preferido llamarla después de todos estos años)
a ti te fue dada la fama y a mí el honor de haberte conocido
(y de paso conservado algunos de tus lienzos
y los de los otros miembros del Reiter
cuyos nombres debes recordar)
a ti la fanfarria los platillos y trompetas
a mí el silencio de estas montañas a las que regresé
en el 31 o el 32

No me quejo en realidad:
después de algunos años volví a mis pinceles
y sé bien que desde entonces comencé a hacerlo
como nunca antes
(y eso te incluye a ti obviamente)

La mayoría de los historiadores nunca se dieron cuenta de eso
y probablemente tampoco se detuvieron a contemplar
mi iglesia apuntalada sobre la colina
maciza como el volumen de una campesina que a lo largo
de su vida dio a luz a una decena de hijos
más humildes y humanos
que cualquiera de los habitantes de tu ciudad fantasma
querido Wassily

EL GUITARRISTA

(Oswaldo Guayasamín, 1977)

Con los huesos

con la sangre

la cuerda rota en el nervio

el ojo turbio de la araña hacia el cielo

el arpa de costillas abriéndose

cediendo al aire que atraviesa el organismo

sentado animal el guitarrista

Que cante con sus plexos

—dicen unos—

con la caja de madera de su cuerpo

las clavijas de sus metatarsos

y el diapasón de la mirada

Que cante con las uñas de su espalda

el cuello firme plantado como un árbol

y que llueva por su boca el polvo de la aurora

que sangre en el filo del cuchillo

alce

curve

yerga

hacia la escalera infinita de la música

oscile entre las nubes y alargue su sombra

por las calles

por la boca de los ríos

y gire como el sol de un corazón humano

hasta que el silencio lo devuelva a la tierra

